

líneas con regla, hizo cuenta de *varios á varios*, de *imprevistos*, de *suplidos* y de *deudores varios*. En ésta, dando una prueba de exquisita honradez, puso el importe de los cigarros que con el dinero de Isidora se había comprado.

CAPÍTULO III

Entreacto en la iglesia.

Un mes no completo había transcurrido de esta vida honrada y económica, sin que Isidora pudiera llegar á decidir en qué profesión, arte ú oficio había de emplear su talento y ganas de ponerse al trabajo. Los libros de D. José, ya repletos de números, no contenían más que partidas fallidas, y daba dolor ver en sus garabateadas páginas el triste papel que hacían los Haberes junto á las nutridas columnas del Debe.

Veamos cómo pasaba el tiempo la dueña de la casa. Entre bañarse, peinarse, vestir y arreglar á *Riquín* se le iba la mañana. Por la tarde, si no tenía que ir á casa del procurador, solía matar el fastidio en las iglesias, de donde resultó que en aquel período oyó más sermones y rezó más novenas que en el resto de su vida. Distraíase con estas superficiales devociones, y aun llegó á figurarse que se había perfeccionado interiormente. Recordaba las preces aprendidas en su niñez, y se deleitaba con las formas de religión, por pura novelería. Pero esta santidad de capricho no sofocaba, ni mucho menos, su orgullo dentro de la iglesia. Más que el sermón ampuloso, más que el brillo del altar, más que la poesía del templo y las imágenes expresivas, la cautivaba el señorío que iba por las tardes á la casa de Dios. Cuando había novena ó Manifiesto costeadado por alguna dama de la aristocra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO A. ILS"
1625 MONTERREY, MEXICO

34031

cia, de aquellas que ocupaban los bancos de la nave central ostentando en su pecho la cinta de la cofradía, Isidora no faltaba, y desde el rincón de una capilla observaba todo con interés profundo, más atenta á las Magdalenas que venían con el bálsamo que á Jesús mismo. Causábale admiración y envidia la señora del petitorio, que nó cesaba de repiquetear con una moneda en la bandeja de plata.

Pollos elegantes y atrevidos se agolpaban en las naves laterales para mirar á las niñas y ser de ellas mirados. Había sonsonete de rezos y rumor de cuchicheos mundanos, los cuales, unidos al rodar de coches de lujo en la calle, no permitían oír con claridad el sermón. ¿Pero qué le importaba á Isidora el sermón, aunque saliera de labios elocuentes? Lo que á ella le interesaba no eran las manotadas y enfurecimiento de aquel santo varón que no cabía en el púlpito, sino el aspecto y brillo del público, de aquel público que, si hubiera revisteros de iglesias, sería *distinguido, elegante y numeroso* como el de los teatros. ¡Oh! ¡Dios de mi vida! ¡Qué injusticia tan grande! La pobre señorita Isidora no debía verse olvidada en un rincón, al lado de cuatro viejas rezonas, sino en la gran nave, donde luciera como merecía, ó pidiendo en la mesa de petitorio entre dos velas. ¡Qué bien repicaría ella en la bandeja, y qué maña se daría para que cuantos entraran aflojasen pesetas y duros! La belleza de las postulantas aguza la caridad.

Una tarde notó que un señor la miraba con insistencia. Sus ojos, distraídos de cuanto en la iglesia había, pasaban por delante del orador (con no poca irreverencia) é iban derechitos á

buscar á Isidora al fondo de la capilla donde ponerse solía. A la tarde siguiente observó que aquel señor de los ojos irreverentes entraba con unas damas muy guapetonas; que éstas pasaban al centro, adornadas con la cinta de la cofradía, y que él se quedaba entre la masa de hombres. Seguía mirándola, y ella le miraba alguna vez sin otro móvil que el de la curiosidad. El caballero, en verdad, no tenía nada de simpático; era muy descarado, bastante feo, morenísimo, de edad entre los cuarenta y cinco y los cincuenta. Mientras Isidora hacía estas y otras observaciones, notaba que algunas de las elegantes cofrades eran miradas tenazmente por los caballeros, y que ellas solían mirarles también con afectada distracción, de donde vino á considerar que si tanto flechazo de ojos dejase una raya en el espacio, el interior de la iglesia parecería una gran tela de araña. ¡Miseria humanidad!

Tercera tarde. Cuando Isidora salió, ya anochecido, vió en la puerta al señor mirón. Hablaba con Miquis, y al pasar ella cuchichearon. Apresuró la joven el paso y se fué á su casa, donde Relimpio, celoso del buen desempeño de su cargo, se creyó en el deber de manifestarle seriamente el horroroso déficit que arrojaban los libros. Las cifras del Debe, encrespadas y amenazadoras, eran ya como las olas de un pié-lago tempestuoso donde naufragaba el frágil esquife del Haber. ¡Oh! ¡Fugaz curso de las cosas humanas! Aquel orden tan perfectamente inaugurado, no era más que humo. No sólo se había concluído el dinero, sino que se debía á todo el mundo; y el panadero, la lechera y el de la tienda, venían todos los días á dar tormento con su grosero pedir. Don José les recibía con

bondadosa sonrisa, les enseñaba los libros de cuentas por el forro, y les decía: «No hay cuidado, señores; estamos esperando fondos, y ya no pueden tardar.»

Isidora padecía horriblemente con este género de vida, pues su carácter, su nobleza, no se avenían con las trampas. Gastar mucho, sí, pero pagar sin dilación era su ideal. Había llegado á carecer de lo más preciso. La limpieza de sus bolsillos era absoluta, y el crédito, apurado ya, faltaba. ¡Qué habría sido de ella si sobre estos horrores no apareciera un sol de vida y esperanza! ¡Ganar el pleito! La idea de un triunfo próximo le daba fuerzas para hacer frente á tantas humillaciones. Si el procurador le decía que había tarea para mucho tiempo, su descomodamiento rayaba en desesperación. En su casa se entretenía con el hijo, resucitaba los proyectos de trabajar..., ¿pero en qué? Conveníase pronto de que era imposible; sonaba la campanilla de la puerta anunciando acreedores que entraban fieros como leones; y á los tormentos de zozobra y vergüenza seguían horas y noches enteras de tristeza y desaliento. El nuevo día llegaba acompañado de la escasez, de la privación, de la miseria...

No se sabe cómo se puso al habla con Isidora el señor mirón; pero es indudable que se puso. Manifestó el caballero que conocía los antecedentes todos y la historia completa de la desgraciada joven, y se presentó como un bienhechor de la humanidad, amparo y arrimo de la orfandad desvalida. ¡Era tan rico!... ¡pero tan antipático!...

¡Pobrecito D. José! Ahora sí que eres el más infeliz de los hombres. No sólo te han quitado

tus venerandos libros, sino que te han puesto de patitas en la calle con orden expresa de no volver á presentarte en la casa de tu ahijada. ¡Crueldad sin ejemplo! Hay hombres que parecen fieras... José, eres un mártir.

CAPÍTULO IV

A ó B... Palante.

I

Mientras duraron en casa de Isidora las abundancias y el regalo, Mariano hizo la vida de señorito holgazán, rebelde al estudio, duro al trabajo, blando á la disipación y al juego. Su precocidad para dar gusto á los sentidos revelaba que había de ser muy menguada en él la vida del espíritu. Diríase que la Naturaleza quiso hacer en aquella pareja sin ventura dos ejemplares contrapuestos de moral desvarío; pues si ella vivía de una aspiración insensata á las cosas altas, poniendo, como dice San Agustín, su nido en las estrellas, él se inclinaba por instinto á las cosas groseras y bajas. Recibía gusto especial del desaliño, y recogía con lamentable asimilación todas las palabras necias y bárbaras para darse, usándolas desvergonzadamente, aires de matón. Pronto comprendió Isidora que su hermano no sería nunca persona decente, y que no había debajo del sol colegio alguno capaz de darle pulimento. Y si al principio podía dominarle, valiéndose del amor, más tarde el amor de Mariano se enfrió; con el cariño huyó el respeto, y ya no fué posible contener la impetuosa inclinación del muchacho á la vida vagabunda y aborrecimiento del estudio. Pasado algún tiempo de luchas, empezó á tenerle miedo, asustada por su bestial y aborrecido lenguaje. Donde suena un lenguaje soez sólo

puede haber malas acciones y pensamientos poco delicados. Donde cantan las ranas, ¿qué ha de haber sino charcos y cieno?

Cuando *Pecado* curó de las heridas que le hizo el novillo de Getafe, Isidora se armó de valor, echóle un sermón, y le dijo muy clarito que no volvería á tener un cuarto si él mismo no lo ganaba. Quedó, pues, convenido que aprendería un oficio; pero hasta en aquella ocasión excepcional descollaron sobre el enojo de Isidora sus pruritos aristocráticos, porque no consintió que su hermano fuera zapatero, ni albañil, ni cerrajero, ni sastre, ni menos peluquero; y discurriendo sobre á cuál industria le dedicaría, vino en determinar que sería grabador, es decir, fabricante de esas preciosas estampas que adornan las publicaciones ilustradas y de las magníficas reproducciones de los Musecs... Para que la industria pueda hacerse pasar por noble, necesita fingir parentescos con el arte.

Buscando por ahí, buscando por acá, no se hallaban otros talleres que los de litografía. Miquis tomó con empeño el asunto, y habló al cuñado de Matías Alonso, un tal Juan Bou, que se había establecido recientemente, y tenía, entre otras cualidades, la de ser muy severo con sus oficiales. Consintió Bou en admitir á Mariano, de cuyas inclinaciones aviesas se le dió noticia para que le tratase con rigor y sacara de él, si era posible, un obrero hábil y laborioso.

Juan Bou era un barcelonés duro y atlético, de más de cuarenta años, dotado de esa avidez de trabajar y de esa potente iniciativa que distinguen al pueblo catalán; saludable como un toro, según su propia expresión; de humor festivo y palabra trabajosa. Su cara, enfundada en

copiosa barba negra y revuelta, mostraba por entre tanto áspero pelo dos ojos desiguales, el uno vivísimo, dotado de un ligero movimiento rotatorio, el otro fijo y sin brillo; más abajo, y puesta como al acaso, una nariz ciclópea; más arriba una frente lobulosa, que estaba pidiendo algunos golpes de escoplo para ser como las demás frentes humanas; ítem, una cicatriz sobre la ceja derecha, resultado, según decía, del beso de una bala...

Podía pasar por marinero curtido en cien combates contra las olas, y también por bandido de las leyendas. Tenía en sus extremidades altas dos manojos de dedos con que trabajaba; y ciertamente, nadie que viera la tosquedad de aquellas manazas creería que eran delicadísimas para el dibujo. Su estructura basta las hacía más propias para la maroma de la vela mayor ó la barra del cantero. Respiraba como el fuelle de una fragua, y siempre tenía tos; pero una tos tan bronca y sofocante que, cuando le daba el acceso, se quedaba mi hombre cabeceando y todo encendido; creeríase que iba á reventar, y el ojo rotatorio se le echaba fuera, mientras el apagado se escondía en lo más hondo de la órbita.

Tenía dos géneros de fanatismo: el del trabajo, pues no podía estar inactivo, y el de la política. Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra ¡pueblo! una serie de teorías á cual más extravagante. Realmente estas teorías no eran suyas. Una generación se había embobado con ellas, mirándolas como pan bendito. Pero Juan Bou las había sublimado en su mente indocta, convirtiéndolas en una fórmula de brutal egoísmo. Según él, muchos miem-

bros importantes del organismo social no tenían derecho á ser comprendidos dentro de esta designación sublime y redentora: ¡el pueblo! Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco erais pueblo... De toda idea exclusiva nace una tiranía, y de aquella tiranía nació el obrero-sol: Juan Bou, que decía: «El pueblo soy yo.»

En Barcelona había logrado fundar un buen establecimiento de litografía. Pero sus economías y el establecimiento mismo naufragaron por las liviandades de una mujer con quien, por obra del demonio sin duda, se había casado. Su señora tampoco era pueblo; era una sanguijuela del país, como vosotros los que esto leéis. ¡Quién le metería en la cabeza á Juan Bou casarse con la hija de un recaudador de contribuciones! De semejante vampiro, ¿qué podía nacer sino una hembra disipadora, antojadiza, levantada de cascos? Enviudó Juan al fin, y para rehacer su peculio destruído, se puso á trabajar de nuevo. Pero con el sacudimiento del 68, encendióse el ánimo del obrero; de manso se hizo furibundo, de discreto charlatán; creyó que el mundo se iba á volver del revés, y que la sociedad alteraría sus elementos inmortales; vió la eterna columna con el ligero capitel en el suelo y el pesado plinto en el aire; imaginó que de allí en adelante se andaría con la cabeza y se pensaría con los pies; y llevado de estas ideas, tomó parté en todos los motines, trabajó en todas las sublevaciones, fué desterrado, perseguido, moró en calabozos y arrastró durante algún tiempo vida penosa y miserable.

Cuando los acontecimientos políticos le die-

ron respiro, vino á establecerse á Madrid, donde vivía su hermana, casada con el conserje de la casa de Aransis. Pero antes de que pudiera empezar á trabajar, otros acontecimientos le arrastraron de nuevo á las aventuras; cayó enfermo, tuvo que abandonar las luchas políticas, y en octubre del 73 estaba definitivamente establecido en Madrid, mas no curado de su superstición redentorista.

Oyéndole contar sus proezas, era cosa de canonizarle. El no era sólo un apóstol, era un mártir. La fama no tenía trompetas ni figles bastantes para llevar á todas partes la noticia de sus persecuciones. Las celebridades del partido liberal no habían hecho nada... ¡Farsa, pura farsa! El lo había hecho todo, y su gran vanidad no conocía freno cuando daba en formular planes de Gobierno. Todo se lo sabía. Eranle familiares cosas y personas, y fácilmente lo arreglaba todo. Sus procedimientos tenían el encanto, de la sencillez. Lo primero era coger cuatro docenas de individuos y colgarles de los faroles de la Puerta del Sol. Después venían los decretos, todos de *Artículo único*. ¡Si sabría él lo que tenía que hacer, un hombre que había leído tanto, un hombre que arrastró grillos y cadenas y fué llevado de calabozo en calabozo!... Así como el soldado muestra sus heridas, él mostraba la huella de las esposas en sus manos... ¡Había comido ratas! ¿Qué más títulos necesitaba para gobernar el mundo?

Sus primeros años de trabajo en Madrid fueron muy felices, y ganó bastante dinero. Entonces había algo de renacimiento industrial, y empezaba á desarrollarse el gusto por presentar los objetos mercantiles con primor, halagando

los ojos del que compra. Hizo Bou muchos miles de etiquetas para almacenes de vinos, tarjetas de anuncios, cartelillos de tres ó cuatro tintas y cromos ordinarios para cajas de fósforos. ¡Qué iniciativa la suya! Fué el primero que imaginó hacer en gran escala las cenefas con que adornan las cocineras los vasares. Antes que él nadie había hecho el siguiente cálculo: Hay en Madrid 92.188 viviendas que son 92.188 cocinas, ó lo que es lo mismo, 92.188 cocineras. Suponiendo que haya 70.000 que renueven el papel tan sólo una vez al mes poniendo sólo tres tiras, resultan 210.000 tiras á cuarto. La resma de 1.000 tiras se vende á tres duros. Las 210 resmas hacen, pues, 630 duros mensuales. Ensayó, y bien pronto las cacharrerías todas de Madrid expendían papel picado, que en comparación del antiguo era un modelo de elegancia, pues tenía figuras de majas, toreros y tipos populares.

El único vicio de Juan Bou, si vicio puede llamarse, era la Lotería. No había extracción en que no comprase su par de décimos. Era para él este juego nacional una forma hipócrita de la administración socialista. Tenía muy mala suerte; pero no desmayaba, y sabía escoger siempre los números más bonitos. Con todo, no había tenido más ganancias que las de su trabajo. Así, desde que sacó adelante el negocio de las cenefas, establecióse en la calle de Juanelo, donde tenía un taller grande, aunque incómodo. Compró algunas piedras más de gran tamaño, una hermosa máquina de Janiot, guillotina, glaseadora, buenas tintas, aparato de reducciones y otras cosas. Su iniciativa no descansaba. Comprendiendo que algo de imprenta no venía mal

como auxilio de la litografía, adquirió cajas y máquina, y se quedó con todas las existencias de una casa que trabajaba en romances de ciego y aleluyas. El material de planchas y grabados era inmenso, y se lo dieron por un pedazo de pan. Montó también esta especulación en gran escala, y los ciegos pudieron comprar la mano de romances á un precio fabulosamente barato. Las cacharrerías, las tiendas de arena y estropajo y los vendedores ambulantes se surtían por muy poco dinero de aleluyas del antiguo repertorio, y de otras nuevas con soldados franceses ó españoles, moros ó cristianos.

El establecimiento era un verdadero laberinto, como formado de distintas piezas, que se habían ido agregando poco á poco, según las necesidades de ensanche lo pedían. Ocupaba la imprenta destinada á romances y aleluyas la peor y más lóbrega parte. Todo allí era viejo, primitivo y mohoso. La máquina, sonando como una desgranadora de maíz, tenía quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años á tirar un periódico rojo, subsistía en ella un resto, un dejo de la fiebre literaria que por tanto tiempo estuvo pasando entre sus rodillos y su tambor. Las cajas, donde yacía en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta. Habían servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la negra insidia, que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librito de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, que más parecía bodega ó sótano que taller del Arte de

imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la tierra. Viendo aquellos trebejos, se podría sospechar que el tal Arte había sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer.

II

En esta mazmorra de Gutenberg fué metido Mariano para su aprendizaje. Primero le había puesto Juan Bou á copiar dibujos fáciles con tinta autógrafa; pero mostró tan escasa disposición para esto, que le confinó á la imprenta, mandándole adiestrarse en la caja. Sus primeras torpezas, sus descuidos, sus malas respuestas, fueron castigados tan severamente por el maestro, ayudado de una correa, que bien pronto el muchacho le cogió miedo, y con el miedo vino el respeto y cierta convicción de que la obediencia y el trabajo le convenían por el momento más que la holganza y la maldad. En poco tiempo adquirió alguna destreza, al amparo de un cajista viejo casi inválido y de un chico listísimo, á quien años atrás conocimos y conoció mejor Mariano con el nombre de *el Majito*. Éste ganaba cuatro reales, y *Pecado* tan sólo dos; pero aquella honrada ganancia llevaban semanalmente á su alma como un grano de legítimo orgullo, el cual bien podía con el tiempo ser base sobre que se construyera la dignidad de que carecía.

El rigor del castigo y la obligación de ocuparse en un ejercicio sedentario y monótono, en local de mediana luz y nada alegre, hicieron á

Mariano taciturno; palideció su rostro y adelgató su cuerpo. A los cuatro meses ya componía él solo, si no con ligereza, con exactitud, las leyendas de las aleluyas, que eran en número fabuloso. Se las sabía todas de memoria y le bastaba ver la tosca viñeta para adivinar y componer en seguida los pareados. El y su compañero *el Majito* se disparaban á cada instante los versillos, aplicándolos á cualquier idea ó suceso del momento. Tan pronto sacaban á relucir alguna oportuna cita de la *Vida del hombre flaco*, á saber: *El verlo en paños menores — causaba risa, señores*, como aquella de la *Vida de don Espadón*, que dice: *Todo el día está bailando — y á su dama acariciando*. El aburrimiento de los dos chicos les llevaba, por una especie de proceso psicológico que enlaza el bostezo con el arte, á poner en música los tales pareados, y cuando *el Majito* cantaba los de la *Procesión del Viernes Santo*, que dicen: *Muchos niños en seguida — van con velita encendida*, le contestaba *Pecado: Delante van con decencia — los de la Beneficencia*.

También sabían de memoria, sin olvidar una tilde, los romances de matones, guapezas, robos, asesinatos y anécdotas del patíbulo.

Cuando Mariano ganó tres reales, Juan Bou, haciendo justicia á sus progresos, atendió sus reclamaciones. El muchacho aborrecía la caja. Quería trabajar en litografía; pero como no tenía aptitud ni pulso para el dibujo, quiso ser estampador. Púsose á ello, ayudando al oficial de la prensa y máquina, y bien pronto conoció Bou que Mariano había escogido bien. Aprendió á manejar con habilidad el ácido y la grasa, y también sabía marcar con precisión. La máquina gustaba tanto á *Pecado*, que siempre que podía

no se quitaba de alrededor de ella, atento á sus ordenados movimientos. Al mirarla, afanada, despidiendo de sus dientes y coyunturas un sudor negro y craso, sentía que se le comunicaba el vértigo de ella, y por momentos se suponía también compuesto de piezas de hierro que marchaban á su objeto con la precisión fatal de la Mecánica.

A pesar de sus baladronadas políticas y de su aspecto feroz, Juan Bou, el *ursus spelæus*, era lo que vulgarmente se llama un infeliz, un buenazo, un alma de Dios. Tenía corazón tierno, bondadoso y sensible, y no podía ver una desgracia sin tratar de aliviarla. Si cuando estaba picado de mala mosca su lenguaje era conciso y brutal y se comía los niños crudos, cuando le volvía el buen humor su dicción se fluidificaba, adornándose con toda la hojarasca de la fanfarronería. Conversaba familiarmente con los muchachos, mostrándoles, ya la extensión seductora de sus sabidurías políticas, ya los dramáticos pasajes de su historia de mártir.

Cuando Mariano llevaba seis meses de aprendizaje con jornal de seis reales, era, ¡cosa rara!, el oficial con quien más simpatizaba Juan Bou. ¿Había entre ellos semejanza grande ó disparidad absoluta? No se sabe bien. No se sabe tampoco cuál de estas dos cosas engendra la simpatía. Conste, sin embargo, que también Mariano era fanfarrón, y que en el trato de seis meses con Bou se le había comunicado la idolatría del ente Pueblo. En cuanto á las sanguijuelas del país, que *chupan la sangre del obrero*, y en cuanto á todos nosotros, que no tenemos callosidades en las manos, Mariano creía aborrecerlos tanto como su maestro; pero lo que hacía era

envidiarlos, pues la envidia suele usar la máscara del odio.

En el fondo de su alma, *Pecado* anhelaba ser también sanguijuela y chupar lo que pudiera, dejando al pueblo en los puros huesos; se desvivía por satisfacer todos los apetitos de la concupiscencia humana y por tener mucho dinero, viniera de donde viniese. En esto se distinguía radicalmente de su maestro, amantísimo del trabajo. Bou no quería galas, ni lujo, ni vicios caros, ni palacios; lo que quería era que todos fuésemos pueblo; que todo el que tuviera boca tuviera una herramienta en la mano; que no hubiera más que talleres y se cerraran los lugares de holganza; que se suprimieran las rentas y no hubiera más que jornales; que cada cual no fuera propietario nada más que de la cuchara con que había de comer la sopa nacional.

En la sala donde estaba la máquina, tenía Bou su mesa de trabajo, y en ésta la piedra en que dibujaba, puesta sobre un disco de madera giratorio, con cuyo mecanismo él le daba vueltas como si fuera un papel. A poca distancia veíase la prensa de mano donde se sacaban las pruebas y se hacían los reportes. El estampador era un joven muy aficionado á la charla, hablaba sin ton ni son, escapándose de él el discurso y la palabra como se escapa el aire de un fuelle agujereado. Era un *intellectus* lleno de roturas. Mariano tenía en su laconismo una brutalidad sentenciosa.

«¿Qué habláis ahí, muchachos — dijo de pronto Juan Bou, que estaba aquel día de bonísimo talante, por haber cobrado una antigua cuenta.

— Este — replicó el estampador con el sentimiento de modestia que le inspiraban sus pocas

luces al ponerlas frente á la sabiduría del maestro —, éste dice que el año que viene ya no trabaja más.

— Eso lo dirá la correa — manifestó Bou sonriendo y sin levantar los ojos de la piedra —. ¿Y qué vas á comer si no trabajas?... Me parece que tú eres de casta de sanguijuela... Y algo he oído yo. No sé quién me dijo si eres noble ó no eres noble...

— Dice éste — prosiguió el estampador, gozoso de que el maestro pensase como él — que cuando su hermana gane el pleito, será caballero.

— ¿El pleito?... ¿Sabéis cómo haría yo que se ganaran de una vez todos los pleitos? — dijo Bou, regocijándose con el efecto que sus admirables ideas causaban en los dos muchachos —. Pues mandaría pegar fuego á todos los archivos, á la escribanía *A* y á la escribanía *B*. Total, que no dejaría un papel vivo. La humanidad no necesita de papeles. Hay que liquidar..., ¿estáis? Hay que decir: «Hasta aquí llegó la cosa»... y *palante*... Yo diría á los jueces, escribanos, alguaciles, magistrados y demás pillería: «¿Queréis almorzar? Pues ahí tenéis la azada, el arado, el escoplo ó lo que más os convenga. Pero con papeles no se come aquí, señores...» ¿Que no querían? Pues hacia un estanque de tinta, les ahogaba en él... y *palante*.

— Dice éste — repitió el oficial, que se pirraba por delatar los disparates de su amigo — que todos no son iguales y que él está ya cargado de ser pobre.

— No hay pobreza en la honradez, no hay honra como la del trabajo — afirmó Juan Bou incorporándose y dejando ver el esplendor lumínico de su ojo rotatorio, que parecía una rue-

da de fuegos artificiales — ¡Pobre! ¿Qué quiere decir esto? Es una necedad, una... elucubración contraria á los grandes principios. ¿Tienes satisfechas tus necesidades? Sí. ¿Tienes hambre? No. ¿Estás vestido? Sí. Pues eres tan rico como el duque A ó el conde B, ó quizá más.»

Y de este lenguaje sencillo y lapidario, que á la altura de Marco Aurelio le ponía, pasó por gradación suave á otro más acentuado, más enérgico, si bien no más elocuente, diciendo:

«Todo lo demás es superfluidad y lujo, es explotar al obrero, chupar su sangre, alimentarse de su sudor bendito, comerse los refinados manjares amasados con las lágrimas del pobre. Ved esos que andan por ahí, toda esa chusma de señores y holgazanes. ¿De qué viven? De nuestro trabajo. Ellos no labran la tierra, ellos no cogen una herramienta, ellos no hacen más que pasear, comer bien, ir al teatro y leer libros llenos de bobadas... Comparémonos ahora. Nosotros somos las abejas, ellos los zánganos; nosotros hacemos la miel, vienen ellos y se la comen. Nos dejan las sobras, nos echan un pedazo de pan, por lástima, como á los perros... Pero todo se andará, tunantes, todo se andará; vendrá la cosa y haremos cuentas, sí, la gran cuenta, el Juicio Final de la humanidad. ¡Oh, pillos!, también nosotros tenemos nuestro valle de Josafat. Allí se os aguarda. Allí estaremos. Con un pedazo de lápiz, tamaño así, y un papel de cigarro, basta para hacer el gran balance. Es la liquidación fácil, porque es la última... y *palante*.»

Mariano y su colega le oían absortos.

«Dice éste — continuó el estampador, incansable en la denuncia — que él ha de poder poco ó ha de soltar pronto la blusa.

— Vamos á ver — manifestó el maestro volviendo á su trabajo —; explícanos lo que tú piensas... ¿A qué aspiras tú? ¿Qué deseas tú?

— ¿Yo? — dijo Mariano con terrible laconismo —. Tener dinero.

— ¡Tener dinero! El dinero es una fórmula, un medio de cambio — declaró con olímpica suficiencia Juan Bou —. ¿Y si llega un día en que no haya dinero, en que no represente nada el dinero, porque las cosas, ó mejor dicho, el servicio A y el servicio B se cambien directamente sin necesidad de ese intermediario?

— Chúpate esa — dijo por lo bajo el estampador á su compañero.

— Sí, se suprimirá el dinero, que no sirve más que para negocios indecentes. Suprimiendo el numerario quedarán suprimidos los ladrones... y *palante*.»

Ambos abrieron medio palmo de boca.

«Pero el dinero — se aventuró á decir Mariano — no se ha de quitar hoy ni mañana...

— Quién sabe... La cosa está mal. Dicen que esto se va. Me escriben de Barcelona que se está trabajando...

— El dinero no se suprime — afirmó *Pecado* rebelándose tenazmente contra la incontrovertible sabiduría del maestro.

— Hombre, que sí.

— Pues yo quiero ser rico.

— ¡Ser rico! ¿Y qué es la riqueza, bruto? Es una cosa convencional, acémila. Hay por ahí unos cuantos tunos que se comen lo que no es suyo, lo que es de todos, del común, y el día en que se diga: «Ea, bastante ha durado la mamancia...», va á ser bueno, va á ser bueno. Nosotros diremos: «A ver, señor duque de Tal, ¿de dónde

sacó usted las tierras *A* y las dehesas *B*? Señor banquero Cuál, ¿de dónde sacó usted los millones *A* ó *B* que tiene en el Banco?» — «Hombre, dirán ellos, pues yo...» — «Valientes pillos están ustedes, acaparadores, por no decir otra cosa...» Conque ya ves. No habrá entonces dinero, ni Banco, ni Bolsa; no habrá más que servicios mutuos, toma y daca. Que yo necesito un jamón, el comestible *A* ó el comestible *B*: me voy á la tienda, y me encuentro que el tendero necesita etiquetas, anuncios. Pues ahí va, y venga. El sastre le hará pantalones al zapatero, y el zapatero le hará zapatos al sastre. Es un organismo sencillísimo, brutos. Vosotros no habéis estudiado la cosa, no habéis trabajado por la cosa, no habéis estado en calabozos, no habéis comido ratas desabridas... Se trata de un organismo; ¿sabéis lo que es un organismo?»

Ambos callaron. Creían que se trataba de un organillo; pero no se atrevían á decirlo.

«Este dice también — añadió el denunciador sin poder contener la risa — que quiere ser célebre.

— ¡Célebre! Ta, ta, ta — exclamó Juan Bou, radiante, al considerar el triunfo que á su oratoria se preparaba—. ¿Conque célebre y todo..., es decir, hombre grande? ¡Valiente papamoscas! ¿Y qué entiendes tú por celebridad? La de los guerreros y capitanes, la de esos bobos que llaman poetas, escritorzuelos... Los unos son los verdugos de la humanidad: no han hecho más que matar gente. Los otros han engañado y extraviado á la humanidad, contándola mil mentiras y embelecos. Cógeme á tal ó cual guerrero, al poeta *A* ó al prosista *B*. ¿Qué han hecho por el pueblo? Nada. Su celebridad se acabará tam-

bién, porque se suprimirá la Historia. Se hará una Historia nueva en que no figuren más que los que han inventado una máquina ó perfeccionado la herramienta *A* ó *B*. Esos sí, esos sí que tendrán estatuas.

— ¿Y quién... va á hacer las estatuas? — preguntó con gran viveza de pensamiento Mariano.

— Toma — dijo Bou, reponiéndose después de desconcertarse un poco —; los escultores. Habrá escultores que harán las estatuas de los obreros célebres, de los padres de la patria, y se les pagará con comestibles, mano de obra... Parece que eres tonto... Ahora, si tú quieres ser célebre inventando la dirección de los globos, ó cosa así, entonces nada te digo. Por ahí, por ahí... Pero no envidies á los personajes del día, á esas sanguijuelas del pueblo. Mira tú qué tipos. ¿Prim?, un tunante. ¿O'Donnell?, un pillo. Tiranos todos y verdugos. Olózaga, Castelar, Sagasta, Cánovas. Parlanchines todos. ¿Y ese Thiers de Francia? Otro que tal. Cuando toquen á barrer, veréis cómo queda esto... Nada, nada; aplícate á este oficio y puede que llegues á notabilidad. Ya sabes, comerás y vestirás con tu trabajo. Toma y daca... y *palante*.

— Pero éste dice que quiere ser célebre, aunque para ello tenga que hacer una barbaridad.

— Hombre, hombre, ¿tú quieres dar golpe? Valiente papamoscas. Pues dalo, hombre, dalo. No te faltará ocasión. Cuando se grite «abajo la tiranía», pórtate bien. Inventa cualquier cosa, aunque sea una barbaridad, como dices. Puede que no lo sea. Hoy se tiene por barbaridad lo que mañana quizá se mire como una gran acción. Nada, hombre... *palante, palantito...*»

Siguió hablando en este tono y desarrollando su idea con tal copia de audaces juicios, que los dos muchachos le oían como si fuera una sibila.

«Lo que yo quiero es moneda — volvió á decir Mariano con rudeza concisa.

— ¡Ahl, ya no quieres celebridad, sino plata. No era como tú el célebre Erostrato.

— ¿Quién?

— Uno que pegó fuego — dijo Bou reventando de erudición — á un templo... no sé si de Babilonia, de Venecia ó de dónde.

— ¿Y sacó dinero?

— Vuelta con el dinero.

— Con dinero se tiene todo.

— Y tú quieres tener todo: gozar, disfrutar; lo mismo que cualquiera de esos pillos, lo mismo que la sanguijuela A ó la sanguijuela B...»

Mariano gruñía, dando á conocer, con bárbaro modo, su ardiente anhelo de ser sanguijuela.

«Ea, bastante se ha charlado — dijo el maestro echando un vistazo á la prensa—. *Palante...* Sacadme esos reportes ahora mismo.»

Y siguió un silencio sólo turbado por los ruidos de la actividad taciturna. Oíase el gemido de la prensa, el roce del pegajoso rodillo negro y el rascar de la pluma del maestro sobre la piedra. Juan Bou, que aunque buen catalán tenía un oído infernal, destrozaba entre dientes *La Marsellesa*, como destroza el fumador la colilla del cigarro. Después escupía unas cuantas notas, y callaba para empezar de nuevo al poco rato. Se había contagiado de la afición de sus aprendices á cantarrear los pareados de las aleluyas, y así, sin pensarlo, cantaba con la música de Rouget de L'Isle estos versos: *Muchos niños pequeñitos — van vestidos de angelitos.*

CAPÍTULO V

Entreacto en el café.

Mariano pasó algún tiempo en esta vida, sin que ocurriera cosa alguna digna de ser contada. Pero en la primavera del 76 ya empezó á fastidiarse. Dejaba de asistir al taller con harta frecuencia, y se pasaba horas y más horas en el café del Sur. Por el afán de aumentar su peculio había contraído el vicio del juego, frecuentando innobles garitos, ó agregándose á los nefandos círculos que al aire libre, en las puertas de los ventorros de extramuros funcionan. Su suerte era mala, se aturdía y perdía casi siempre. Cuando ganaba se permitía lujos desenfrenados, como ir al teatro de la Infantil y ver todas las funciones desde la primera á la última, convidarse á chuletas con tomate en cualquier taberna, ir á los bailes vespertinos de criadas y costureras, donde danzaba y hacía conquistas. Cuando las ganancias habían sido por ventura fenomenales, alquilaba un jamelgo, se iba trotando hasta la Puerta de Hierro, ó daba la vuelta á Madrid pasando por el Retiro entre las filas de coches de lujo y jinetes ricos. Para que esta parodia vil y nauseabunda de las disipaciones de la clase superior fuese más completa, tenía sus pequeñas deudas con el mozo del café y con los amigos.

Ya faltase todo el día al taller de Bou, ya asistiese puntualmente, nunca dejaba de ir al café del Sur. A veces no estaba más que un rato, á veces cuatro ó cinco horas. Se le veía solo, en